CAPITULO III.

La genealogía de Jesus.—La tentacion en el desierto. Los primeros discípulos.

La leccion de humildad que hemos señalado continúa hasta el bautismo que Jesus va á pedir á Juan. "Por el bautismo de Jesus, dice el Crisóstomo, nos serán perdonados nuestros pecados. En el bautismo de Juan, los judíos prometian expiar sus faltas: el bautismo de Jesus es un don, en tanto que el de Juan es una obra de mortificacion." Por esto Juan vacila delante de Jesus, y Jesus le dice "hazlo:" quiere someterse en todo á la penitencia como un pecador. Y este es el colmo de la justicia. Nuestro Señor Jesucristo cumple con toda justicia, haciendo lo que debe ser para el cristiano el manantial de toda justicia, es decir, recibiendo el bautismo, cuya necesidad nadie podrá ya negar. Y por fin, al descender en medio de las aguas, arroja de ellas al demonio, las purifica, las santifica por el contacto de su carne sagrada, las da la fuerza de la regeneracion, el derecho del bautismo, *jus baptismi*, como dice San Bernardo, comunicándolas el privilegio que tenia el seno de María de no crear nada que no fuera puro. Hace con el bautismo lo que hará mas tarde con la Pascua: así como ha de comer del Cordero pascual, figura y recuerdo, y nos ha de dar su carne, prenda de la eterna felicidad, así tambien recibe el bautismo judío, ceremonia impotente, y nos da el bautismo cristiano, verdadera fuente de gracia. En una palabra, al aceptar la Ley y al dar el Evangelio, recibe lo que es una sombra y añade á ella la verdad.

El Espíritu Santo aparece en aquella ceremonia bajo la forma de una paloma, porque era preciso que Juan pudiera verle. Invisible

en la sustancia de su divinidad, el Espíritu Santo tomó esa forma porque el bautismo nos quiere encontrar sencillos y dulces como la paloma, y quiere hacernos pacíficos como ella. La paloma es el símbolo de la reconciliacion, del perdon, de la paz; la paloma volvió al Arca, llevando la rama de olivo que anunciaba que las aguas de la cólera se habian retirado, y que la vida volvia á renacer sobre la tierra.

Conviene ocuparnos aquí de una observacion sobre las dos genealogías de Nuestro Señor, presentadas de diverso modo, y no en el mismo punto de la narracion, por San Mateo y por San Lúcas. Sus divergencias y los diversos sistemas propuestos para concertarlas no entran en el objeto de este libro: basta observar que la genealogía dada por san Mateo, siendo propiamente la de San José, esposo de María, es del mismo modo la de la Santa Vírgen, quien, segun la ley, solo podia casarse con un hombre de su raza; y que la genealogía dada por San Lúcas la hace descender, como la otra, de David.

De las circunstancias y del lugar de cada una de esas genealogías se saca una enseñanza importante.

San Mateo, al empezar por la genealogía, ántes de contar el nacimiento carnal, sigue el órden comun en la historia, y desciende de los antecesores á los hijos, como el Verbo ha descendido al tomar carne. Empieza por Abraham, despues de haber nombrado, sin embargo, á David: "Libro de la generacion de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham." Este es un eco del cuarto capítulo del *Génesis*, intulado *Libro de la generacion de Adan*, y es una contraposicion de la generacion nueva, que viene á restablecerlo todo, con la antigua que toda lo ha destruido. Recuérdase, uno despues de otro, á David y á Abraham, porque uno y otro han recibido una promesa particular. Dios habia dicho á Abraham: "Todas las naciones de la tierra serán bendecidas en tu descendencia;" y á David: "Haré que se siente sobre tu trono Aquel que nazca de tí." Ademas, aquellos dos antepasados reunen las tres dignidades del Mesías: Abraham, Sacerdote, y Profeta; David, Rey.

San Lúcas coloca la genealogía de Jesus despues del bautismo, y, partiendo de esta regeneracion, presenta otra serie de antepasados: se remonta de los hijos á los padres, omitiendo á los pecadores á quienes San Mateo habia nombrado, porque todo el que renace en Dios se hace estraño á sus antepasados culpables, siendo ya hijo de Dios.

En las dos genealogías, los nombres, por su significacion, profetizan

al Salvador marcando algun rasgo de su carácter, de su vida ó de sus misterios, y, al mismo tiempo, muchos personajes son la figura de Cristo, como Abraham, que significa *padre de muchos pueblos*, é Isaac, *sonrisa*. "Porque así como Isaac fué dado á sus padres en la ancianidad para que fuera su alegría, así Jesucristo descendió á la tierra para ser la alegría del universo: el Uno nació de una vírgen; el otro de una estéril que habia llegado á la vejez: los dos violentaron el curso de la naturaleza; Abraham enjendró á Isaac, como la fé engendra la esperanza; Jacob, hijo de Isaac, espresa la caridad que abraza dos vidas diferentes, la vida activa por el amor del prójimo, la vida contemplativa por el amor de Dios, y nace de Abraham y de Isaac, como de la fé y de la esperanza nace la caridad." Esta interpretacion es de San Juan Crisóstomo, y otros muchos padres de la Iglesia han meditado sobre ese carácter profético de la genealogía de Jesucristo, descubriendo en ella magníficos secretos. "Todas las cosas, dice San Pablo, sucedian al pueblo judío en figuras." Y Bossuet añade: "No hay una página, no hay una palabra en la Escritura Santa que no esté llena de Jesus."

San Mateo, al escribir para los judíos, se ha contentado con dejar establecido que Jesucristo desciende de David y de Abraham; pero San Lúcas, al escribir para todos los pueblos como debia hacerlo el compañero y el discípulo del Apóstol de las naciones, se remonta hasta el primer hombre: pasa por Noé, constructor del Arca, figura de la Iglesia; por Enoch, que, habiendo sido sustraido á la muerte, prueba que Jesucristo hubiera podido dejar de morir y se ha entregado voluntariamente á la cruz, y llega así hasta Adan. Vese, pues, que la genealogía empieza por Jesucristo Hijo de Dios, y que termina en Adan hijo de Dios, en el sentido de que Adan fué formado por las manos de Dios. Adan, creado primero en figura, nace en seguida en verdad. Jesucristo, el Verbo por quien todo ha sidó hecho, es verdaderamente el padre de Adan: El es quien, revestido de humanidad, eleva á sus antepasados hasta Dios; por El llegan á ser hijos de Dios, y de ese modo San Lúcas nos demuestra que la cooperacion del hombre no entra para nada en la generacion de Jesucristo. Adan tiene un padre que le forma sin ningun gérmen, y no tiene madre; Jesus, como hombre, tiene una madre vírgen, y no tiene padre.

Debe notarse otra particularidad muy importante. Entre los antecesores de Jesus, San Mateo nombra algunas mujeres; y todas aquellas á quienes nombra están señaladas por alguna mancha infamante:

dos son idólatras, como Rahab, de la tierra de Canaam, y Ruth, moabita; tres son de mala vida, como Thamar, incestuosa; Rahab, que se cree haber sido la cortesana de Jericó, que recibió en su casa á los espías de Israel y les despidió sanos y salvos, y Bethsabé, adúltera; siendo de notar que á ésta no se la llama por su nombre, sino por su crímen: "la que fué de Urías." Encierranse en esto muchos y grandes misterios. Rahab y Ruth, hijas de pueblos infieles, que llegan á ser hijas de Jacob y antecesoras del Mesías, anuncian que los gentiles tendrán el derecho de entrar en la Iglesia. Rahab, casada, á pesar de su idolatría y á pesar de su ignominia, con Salomon, hijo del gefe de la tribu de Judá, se habia ella misma separado de los dioses de su pueblo; su nombre significa *hambre, estension, movimiento impetuoso*, y figura á la Iglesia de las naciones que, unida con el verdadero heredero de Judá, lavada de sus manchas, tendrá hambre y sed de justicia y cuyo reinado se estenderá por toda la tierra. En el Evangelio volvemos á encontrar á Rahab en la Samaritana y en Magdalena libertadas y purificadas, y en Saulo el vaso de eleccion: por eso el nombre del hijo de Israel, es decir, de Salomon, que se une con Rahab, significa *recibe este vaso*. Ruth, *aquella que se ve y que se apresura*, es otra figura de las almas llamadas, otra figura de la Iglesia. El hijo de Salomon y de Rahab, Booz, *aquel en quien se encuentra la uerza*, contrae con aquella dulce hija de Moab una alianza que la ley prohibe; pero á causa de sus virtudes la hace entrar en el seno de un pueblo que debia rechazarla como estranjera. Ruth, la moabita, es la figura de la Cananea, tan perseverante y tan victoriosa en la oracion; es la del Centurion Cornelio; es la de todo aquel que habiendo visto á Dios por la pureza del corazon, se apresura á ir hácia El.

En cuanto á las pecadoras Thamar y Bethsabé, su presencia nos hace comprender que Aquel que ha querido nacer de los pecadores quiere rescatar á los pecadores. Su bondad, que perdona nuestras faltas y se sujeta á las injurias, no desdeña la afrenta de un orígen manchado. Y á fin, dice San Ambrosio, de quitarnos el orgullo del nacimiento, nos ha mostrado de qué modo el beneficio de su encarnacion se remontaba hasta tales antepasados, y empezaba por ellos. Sin embargo, no se llama á Bethsabé por su nombre, porque no solo fué adúltera, sino culpable de participacion en la muerte de su marido: el nombre de Urías que reemplaza al suyo recuerda el mayor crímen de David, y en ese recuerdo hay dos lecciones: la fragilidad humana, y el poder y la hermosura del arrepentimiento.

Jesus bautizado va al desierto: ántes de tratar con los hombres se pone frente á frente y solo con Dios para fortificarse, para no buscar en sus relaciones con los hombres sino el servicio de Dios. La autoridad que El viene á fundar sobre un principio nuevo, y á la que viene á imponer deberes hasta entónces por ella desconocidos, necesita aprender de El esa práctica cuidadosamente observada en su Iglesia. Será tentado por el demonio, y no lo ignora; pero su fuerza se anticipa al peligro de que la debilidad humana debe huir, y va tambien allí para darnos un modelo de la resistencia que debe emplearse en el combate inevitable. "Si quieres servir á Dios, dice la Sabiduría, prepara tu alma para la tentacion."

Permanece en el desierto durante cuarenta dias, porque cuarenta es el número de la esperanza, de la penitencia y de la preparacion: cuarenta siglos de esperanza median respecto del Mesías, y cuarenta años de expiacion entre el Egipto y la tierra prometida; cuarenta dias de diluvio; cuarenta dias de purificacion y de mortificacion para preparar el alma á las alegrías de la Pascua.

Jesus está en el desierto con las fieras, y tiene hambre; está con los Angeles y pasa cuarenta dias sin comer: estos son rasgos de hombre y rasgos de Dios. El demonio solo confusamente conoce los secretos divinos; el misterio de la Encarnacion permanece oculto para él, y no sabiendo si Jesus es hombre ó es Dios, vacila; por fin se aproxima y emplea contra el nuevo Adan los mismos medios que le sirvieron contra el primero, y que le sirven contra todos los hombres: apela sucesivamente á las tres grandes concupiscencias, la satisfaccion de los sentidos, del orgullo, de la ambicion, que bajo otra forma perdieron á Eva.

Satanás dijo á Eva: "¿Por qué no comes de esa fruta?" y dice á Jesus: "Manda que estas piedras se cambien en pan." Satanás dijo á Eva: "Sereis como dioses;" y dice á Jesus: "Si eres el Hijo de Dios, arrójate al suelo." Satanás dijo á Eva: "Conocereis el bien y el mal;" y dice á Jesus: "Te daré los reinos si, postrándote, me adoras." Postrarse, rebajarse, hé ahí las sendas de la gloria humana con las que el rey de la nada ofrece saciar nuestro corazon. Así se conducen notaba San Gregorio VII, los príncipes de la tierra que no están seguros de vivir un dia, y que se atreven á tentar al Vicario de Jesucristo, diciéndole: "Os daremos el poder, el honor y bienes de toda clase si reconoceis nuestra supremacía; si haceis de nosotros vuestro Dios, si cayendo á nuestros piés nos adorais.

Esos mismos discursos dirigió Satanás á Judas, á Mahoma y á Lutero y á tantos otros que le han escuchado, y así es como aún habla y hablará hasta el fin de los tiempos, miéntras muchos le escuchen y le adoren. Unos de estos, como Judas, solo deben recibir un vil salario, seguido muy pronto de la desesperacion y de una vergüenza eterna; otros, como Mahoma y Lutero, cogen en su mano la espada ó la tea, siendo otros tantos azotes de la humanidad, pero no se libran de la suerte de Judas, y la gloria que adquieren dura poco. ¿Qué queda ahora de la obra de Mahoma y de la de Lutero? Ellos mismos, ¿dónde están? Aun prescindiendo de la idea de las penas eternas, ¿qué queda de las lágrimas y de la sangre que han hecho derramar?

Jesus no muestra á Satanás ni la debilidad del hombre ni el poder de Dios. Con la sabiduría victoriosa del hombre instruido por Dios y fiel á Dios, le responde por tres breves sentencias de la Escritura, y lo derriba, como David mató á Goliat con tres piedrecitas de las cinco cogidas en el torrente.

Hemos visto que, cuando la venida de los Magos, los mismos judíos dieron una señal de su reprobacion: despues de la estancia de Jesucristo en el desierto, dan otra mas decisiva. Habiéndoles declarado Juan Bautista que no es ni Cristo ni Elías, añade: "Hay uno en medio de vosotros á quien no conoceis;" y los grandes, los ricos y los sabios oyen esa palabra, no piden mas informes, y Juan se calla; pero el dia siguiente, cuando solo está rodeado de los suyos, que son sencillos y rectos, les muestra á Jesus, y les dice sin que ellos le pregunten nada: "Hé ahí el cordero de Dios." Y Juan y Andrés, sus discípulos, siguen á Aquel de quien se ha predicho que "los justos le amarán." Así Jesus quiso hacer á su Precursor el honor de recibir de El sus dos primeros discípulos.

Mas arriba se han oido las únicas palabras que dijo Jesus para que esos discípulos le siguieran: "Venid y ved." No hubo mas, y ellos se quedaron con El, señalándose en el Evangelio aquel momento "que era la hora décima," es decir, hácia la tarde. "A la tarde de la vida, aunque estemos cubiertos por la sombra del pecado, y ya heridos por el frio de la muerte, no digamos que es muy tarde, preguntemos á Jesus: ¿dónde moras? y El nos conducirá á su morada, á la morada eterna."

Jesus quiso esperar la señal de Juan Bautista. Al dia siguiente de aquel en que Juan le nombra, Andrés le presenta á Simon, y Simon cumple el primer acto grande de fé, porque él no ha oido, como Andrés y Juan, la palabra llena de autoridad del Bautista. Ningun

personaje del Evangelio ha creido tan firmemente ni con menor fundamento. Jesus le ha visto, *intuitus eum*, hasta el fondo, y le ha dicho: "Tú serás Pedro." En seguida Felipe es llamado espontáneamente por estas solas palabras del Mesías: "Sígueme," y Felipe obedece.

Felipe habla á Natanael; pero éste es de otro carácter, y se burla; sin embargo, Felipe, hombre sencillo, poco instruido, no disputa. ¿Por qué habia de disputar? Se contenta, pues, con decir. "Ven á ver." Y Jesus siente una suave compasion hácia el burlon, cuya mente estaba oscurecida, pero cuyo corazon era recto, le atraé hácia sí: "Hé aquí un verdadero israelita, en quien no hay artificio ninguno." Israel significa *sincéro*, que *marcha rectamente delante de Dios*, y ese nombre fué dado á Jacob, nombre que indica *engaño*, porque de Jacob debia nacer Aquel que es la verdad.

Natanael responde: "¿De dónde me conoces?" creyendo sin duda que Felipe habia hablado de él, y Jesus se presta á esa debilidad y le da una señal: "Antes de que Felipe te llamara te he visto bajo la higuera." Y entónces Natanael deja conocer que es muy sincero, y esplica la condescendencia del Salvador para con él, cesando de resistir. "Maestro, le dice, Tú eres el rey de Israel;" pero Nuestro Señor le responde entónces como mas tarde responderá á la confesion de Tomás: "Crees, porque te he visto bajo la higuera; tú verás otras cosas mas grandes." Las palabras que Jesus añade se refieren al sueño profético de Jacob, cuyo recuerdo acaba de invocar, y al mismo tiempo ellas invitan á sus primeros discípulos á abrigar una esperanza mas alta que la de un Mesías temporal. "En verdad, en verdad, os digo, vereis abrirse el cielo por encima del *Hijo* del hombre, y vereis á los Angeles subir y descender."

Hé aquí cómo, porque eso es todo, le conocieron á Jesus los primeros Apóstoles: ningun discurso, ningun milagro, ninguna promesa sobre las cosas de la tierra. Basta á Jesus volverse hácia Juan y Andrés, mirar á Pedro, decir á Felipe: "Sígueme," y á Natanael: "Te he visto:" con solo eso todos le siguen, todos le serán fieles hasta la muerte, y morirán por dar testimonio de su fé; todos verán abrirse el cielo. Esta primera promesa de Jesus profetiza el Thábor, la Ascension, el éstasis del primer mártir del Evangelio, del dulce Estéban que, al caer apedreado, debe esclamar: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre en pié á la diestra de Dios."

A pesar de la brevedad de este bosquejo, á pesar de haber omitido

muchas cosas al hacerlo, es difícil no ver en él la divinidad de Dios. ¡Y, sin embargo, apénas si Dios se ha mostrado! Pero ¿quién otro que Dios hubiera podido disponer así los tiempos, hacerse anunciar por tales heraldos, inspirarles semejante lenguaje, llenar de ese modo el presente y el porvenir? Todo el Evangelio se halla comprendido en este prólogo, como se hallan tambien todo el dogma, toda la moral, todos los combates, todas las glorias; en una palabra, toda la divinidad. El hombre obedece y sufre; Dios manda; y la fé es el fundamento de todo. No habrá, fuera de la persona divina, milagro mas grande que el de la concepcion y el de la vida de Juan, ni castidad mas perfecta que la de María y José, ni humildad mas profunda que el nacimiento en el establo y la vida en Nazaret, ni trabajo mas penoso que los cuarenta dias del desierto. El Thábor no será mas hermoso que la noche de Belen y la glorificacion de las orillas del Jordan; la Sabiduría increada no se dejará descubrir en acciones mas victoriosas, ni por palabras mas profundas; la profecía, esta toma de posesion de los tiempos futuros, no descubrirá mejor al Dueño y Señor de la eternidad. El Rey se halla con su corte, y el conquistador está á la cabeza de su ejército: marcha precedido de sus Profetas en la tierra y sobre los cielos; lleva su corona de mártires; está circundado de su comitiva de vírgenes y de santos que representan todas las condiciones, todas las edades, todos los caracteres de la vida cristiana y religiosa. María, José, Juan Bautista, Zacarías é Isabel Simeon, y Ana, ¡qué personajes! Su pueblo está ya formado: lo forman los pastores y los Magos, es decir, los sencillos á quienes la sencillez da la ciencia, y los sabios á quienes la ciencia devuelve la sencillez, y ha mostrado con qué armas sabrá conquistar á todos los pueblos. Ha elegido tambien á sus principales capitanes: cuenta con Juan, ha dado nombre á Pedro. Por último tambien ha combatido: ha desbaratado con un sueño la política cruel de Herodes: ha derribado con su palabra el poder del Malo sobre el cual debe cerrar un dia el eterno abismo, al mismo tiempo que llame á las claridades de la gloria á la feliz multitud de los creyentes. Y los cánticos de la victoria *¡Gloria! ¡Paz!* resonarán para siempre, celebrando Aquel que es por siempre el Rey de la Gloria y el Príncipe de la paz.